

EL CRIADOR DE LUCIÉRNAGAS

EL GRANO D MOSTAZA

El criador de luciérnagas

Mario Satz

I

—Nuestro estómago —solía decir mi abuela Lua— vive de lo que desaparece; nuestros ojos, de lo que se resiste a morir.

Sin duda es a ella a quien debo mi longevidad, el lenguaje elíptico y la pasión por la danza.

Después de la lluvia me llamó a su vieja cabaña junto al río, mordió su pipa amarilla, escupió al suelo, me abrazó fuerte y agregó:

—Escucha, Paul, pequeño mío, tus caminos serán largos y tu corazón voluble como el de nuestros antepasados en África. Toma estas siete llaves por si algún día, dentro de muchos años, regresas a Memphis. La señora Margaret me regaló su viejo y ruinoso caserón de techos altos diciéndome que me lo dejaba como prueba de su afecto. Nunca entré en él, me asustan los fantasmas y prefiero esta silla desvencijada a sus muebles franceses. El día en que lo visites será también el de tu máxima revelación.

Ahora tengo los mismos años que ella, la abuela Lua, cuando murió. He dejado el circo hace menos de un mes en compañía de mi querida Half, la cebrayegua, y me encamino hacia el sur. ¡Cien años, sí señor! Para muchos, una enormidad, pero para mí, el criador de luciérnagas Paul Quicksilver, una bagatela. Por supuesto que hay un misterio en el hecho de que haya vivido tanto tiempo, tenido tantos amores y visto

más cadáveres de los que cualquiera puede soportar. Me refiero, por supuesto, a los desastres de la guerra.

Amo estos caminos abiertos a los que el viento peina y despeina a voluntad. Amo esta América casi siempre ingrata con sus hijos y siento, bajo cualquiera de mis muchas arrugas, los ríos y los animales de África, el rugido de los leones y el reclamo amoroso de los pájaros, el sueño del guepardo y el silencio de las jirafas.

—La belleza no come lo que ansía —prosiguió mi abuela, cuyos dos inolvidables dientes eran lo único que le quedaba para masticar—, el hambre destruye lo que admira.

Lua no sabía leer ni escribir, era supersticiosa y lista. Mi abuelo había muerto en sus brazos tras un severo castigo de su amo. Carecía de resentimientos y, apenas se enteró de que yo sí sabía leer, llenaba, en las noches de verano, una botella de luciérnagas para que la ilustrase con cien historias y fábulas a la luz verdosa de esos insectos que pasarían a ser, con el tiempo, una de mis mayores pasiones. Las atrapaba con una velocidad pasmosa, seduciéndolas con canciones de consuelo. Ni que decir tiene que tras la lectura, y cuando ya las pobres criaturas comenzaban a palidecer, me obligaba a soltarlas sobre la hierba mojada por el sereno. Me explicaba que no debía temer por ellas, que el contacto con la tierra les devolvería el valor para seguir alegrando nuestras noches. Ah, Lua, entrañable abuela.

II

—Ven —me decía, señalando las luciérnagas—, pongamos estas pequeñas estrellitas vivas en la botella y léeme el cuento aquel del gato y el guepardo.

Yo me sentaba en el suelo y ella en su silla desvencijada. El calor nos envolvía y también la estridente música de los grillos. No recuerdo quién había puesto ese libro de fábulas en mis manos, quizás mi maestra, la señorita Francis.

—Un pequeño gato africano —leí en voz alta—, se alejó una noche de la aldea en la que había nacido y al día siguiente se encontró, en plena sabana, con cuatro crías de guepardo que llevaban sólo seis días con los ojos abiertos. La presencia del extraño no impidió que todos se pusieran a jugar, persiguiéndose unos a otros hasta que llegó la madre.

“La madre”, mascullaba mi abuela con su desdentada sonrisa.

—Al principio no le hizo ninguna gracia el intruso, pero como lo vio comer con la misma pasión que sus hijos se encariñó con él y lo adoptó. Muy pronto fue obvio que el gato no correría como los guepardos, pues la cortedad de sus patas fatigaba muy pronto su trote. Tampoco le era posible volver por donde había venido. De modo que aprendió a contentarse con los restos que dejaban los demás y a tolerar la mirada de incompreensión de su madrastra.

“Su madrastra”, repitió Lua.

—Debes esforzarte cada día un poco más —continué, imitando la voz de la mamá guepardo—, cada tarde correrás un tramo más largo. A lo que el gato contestó: “Lo siento mucho, madre, como lo mismo que los otros y sin embargo no crezco tanto como ellos. Ni siquiera mi color es semejante al suyo” “El color es lo de menos”, respondió la mamá guepardo. “La velocidad es un arte y un oficio. El viento estira las patas de quien se atreva a cortarlo”.

—¡Eso digo yo! —gritó mi abuela, cazando una luciérnaga al vuelo y poniéndola en la botella casi repleta de parpadeantes criaturas.

—El color es lo de menos —proseguí leyendo con la voz de la mamá guepardo—. Uno puede crecer hasta donde alcance su carrera.

Tanto impresionó al gato lo que dijo su madrastra que cuando los demás dormían pensaba y pensaba. Al cabo de unos meses cortar el viento no le fue fácil, pero sí cazar de noche. Pintadas, pequeños pájaros. Como al amanecer compartía las presas con sus hermanastros, éstos lo miraban con admiración.

—Puede que el viento no siempre estire las patas de quien se atreva a cortarlo —seguí leyendo, esta vez con la voz del gato—, pero la noche que lo apacigua se ha convertido en mi aliada. Avanzo sin que mi olor me delate y hago de la sorpresa mi estilo. No pudiendo imitar a la luz del sol en su carrera, ¿quién me impide leer en las estrellas las sendas prometidas a mis pasos? La velocidad es poco sigilosa, el sigilo no tiene apuro.

—¡Eso digo yo! —estalló en risas mi abuela Lua.

III

—¡Ojalá el color fuera lo de menos! —me dije en voz alta, unos días más tarde, antes de marcharme de Memphis por primera vez, ignorante de lo que me esperaba en las rutas, malos trabajos y peores comidas. La guerra aún no se había desatado, pero la tierra ardía de furia y horror. Era cierto que la esclavitud convenía a unos y hacía sufrir a otros, pero avergonzar nos avergonzaba a todos.

Haciendo tintinear el llavero con las siete llaves que me había dado mi abuela me acerqué a la arbolada colina donde estaba el mirador que la señora Margaret —para quien había trabajado Lua— le había regalado poco antes de morir. Atormentada por el eco de las voces de sus antepasados, semejaba esos altos árboles de los que cuelgan líquenes grises a través de los cuales el viento cambia de rumbo. Recuerdo haberla visto sólo dos veces. Un espectro, uno de esos fantasmas que tanto temía mi abuela.

El mirador era una vieja casona con tres o cuatro balcones y techos a dos aguas, cuya madera había sido buena en su origen y en ese momento debía de alimentar a varios miles de termitas. La abuela no me había dicho qué llave correspondía a qué puerta y, a menos de probarlo, era imposible saber a priori por qué lado se entraba al mirador. Estaba a poco menos de diez metros de él cuando oí una voz que me llamaba.

Era mi primo Henry, a quien de ningún modo podía confiar que la abuela Lua me había regalado un brillante llavero insinuándome que éste guardaba para mí la más importante de las revelaciones que experimentaría en la vida. Aquella voz me impidió acceder entonces al lugar al que ahora me dirijo. ¿Que cuánto tiempo pasó entre el llamado de mi primo y el suave trote actual de Half? Noventa años. Noventa años con sus inviernos y otoños, primaveras, hijos y amores dispersos, porque en algún sitio estaba escrito que aquel no era el instante preciso, el momento indicado para acceder al mirador.

No creo que las cosas tengan un orden único, pero desde el punto de vista de la experiencia humana siempre se nos concede la medida de dolor y alegría que podemos soportar. Eso es lo que vulgarmente se llama crecimiento: cada cosa a su hora. Las canas nos salen cuando hemos presentido que detrás del arco iris hay algo más que colores. Algunas de las personas que nos rodean son, han sido o serán agentes de nuestros cambios, ayudantes en el vasto y sinuoso campo de nuestro destino. Así que giré sobre mis pasos y dije adiós, sí, dije adiós a Memphis.

Cuando se tienen cien años como yo y se va por el mundo montado en un ser tan especial como Half, por fortuna no nos duele nada y ni siquiera las cataratas de los ojos impiden gozar del paisaje, cada instante es una agonía y un renacimiento. Parece mentira que el pasado esté tan vivo y el presente que pisamos sea una alfombra voladora bajo la cual se escurre, azul y profundo, el océano del tiempo.

IV

La verdad no siempre coincide con la belleza. Mi abuela Lua creía, en efecto, que las luciérnagas eran pequeñas estrellas disfrazadas de insectos que intentaban, de ese modo, acercar el cielo a la tierra.

—Mira —decía—, mira y no toques nada. Cierra los ojos y vuelve a abrirlos.

Estábamos junto al río, en una noche de verano, bajo la red fosforescente de los astros, seducidos por el olor a cañas y caracoles blancos.

—Estamos en medio del cielo y el mundo flota a nuestro alrededor semejante al sueño de Dios. Procura no despertarlo, intenta viajar por la inmensidad de su mente igual que viaja el pez en el río, fresco y silencioso.

Para entonces yo ya sabía que las luciérnagas emiten luz para encontrar pareja. La primera en hacerlo es la hembra que, poseída por las intermitencias del amor, llama al macho para prolongar un juego del que desconoce más de la mitad de las reglas. La hembra emite una luz más lenta, el macho un destello más nervioso. Cuando se acoplan, apagan las luces para no atraer a los depredadores. Ése es el origen del pudor: proteger al cuerpo en el momento de su máximo gozo y posterior abandono. No todas las especies de luciérnagas dibujan en el aire el mismo tipo de

señales. Las hay de un verde pálido, amarillo limón o blanco marfil.

Hubiese sido inútil explicarle a mi abuela todo aquello. Más tarde, cuando aprendí, transformado ya en criador, que este precioso insecto posee dos glándulas que producen una sustancia química cada una, la luciferina y una enzima, y que la luciérnaga libera y mezcla en una diminuta cámara la luz de su reclamo incitada a ello por la presencia de oxígeno, suspiré y me dije que la abuela nunca se creería eso, y menos aún que algo llamado luciferina fuera inocente. Jamás le oí quejarse de nada, jamás vio en el mundo otra cosa que una belleza inagotable y misteriosa. En cuanto al dolor del que procedíamos, la esclavitud, el haber sido arrancados de nuestra planta africana original, de él decía que hay que contar con la ferocidad del león y la inocencia de la gacela.

—Hoy eres gacela; mañana, león, pasado mariposa o hiena —decía—. La existencia es un tiovivo al que subimos y del que bajamos olvidando en cada acto las formas del precedente. ¿Qué gana uno con quejarse del pasado si no volverá? ¿Qué beneficio se obtiene pensando en el futuro si aún no ha ocurrido?

La verdad se alimenta de lo irremediable; la belleza, de lo que ninguna enfermedad destruye.